

ALBERTO EDWARDS

# La Fronda

Aristocrática en Chile

*Benetelino*



SANTIAGO DE CHILE  
IMPRENTA NACIONAL

San Diego 67

—  
1928

XVI

**Antecedentes del conflicto teológico**

El verdadero historiador no juzga los acontecimientos, clasificándolos en benéficos y perniciosos. No es posible someter a proceso **lo que ha ocurrido**, para sentenciar, por ejemplo, diciendo que el mundo habría ido mejor por otro camino. A lo más podemos llevar la filosofía hasta distinguir entre lo que ha sido accidente y lo que ha sido fatal en el curso de las evoluciones humanas.

El empobrecimiento gradual de las creencias religiosas de la civilización cristiana, durante los últimos siglos, es un hecho y únicamente como tal debemos considerarlo. Ni siquiera podemos afirmar cuándo comenzó el fenómeno: en cierto sentido, el hombre “envejece” desde que nace, y con las sociedades ocurre algo parecido. Ya el movimiento franciscano del siglo XIII, y la reforma del siglo XVI, fueron evoluciones humanitarias o racionalistas de la creencia. En el siglo XVIII la irreligión hizo grandes progresos. Ese movimiento se tradujo, cuando no en rebeldía franca, a lo menos en indiferentismo o tibieza. El espíritu de España, bajo Carlos III, Aranda y Campomanes, ya no era el de Felipe II; la inquisición misma se había **liberalizado**. Aquí en las colonias, aún antes de la Independencia se nota algo de lo mismo. Don Diego Barros Arana ha recogido muchos datos que lo prueban. Entre ellos hay uno muy elocuente porque se traduce en números: la escasez de las vocaciones religiosas era ya

casi tan pronunciada en 1800 como en 1900, y esto en una sociedad pobre, sin grandes halagos terrenales.

La rapidez con que se propagó después de la revolución, el espíritu de rebeldía contra la Iglesia, demuestra que él tenía raíces más antiguas. La hostilidad de la mejor parte del clero no puso obstáculos serios al movimiento separatista. En los años siguientes, los progresos de la indiferencia religiosa son más visibles. Durante las turbulencias de la era pipirola se produjeron casi espontáneamente hechos sociales y actos públicos que reflejan el nuevo estado de los espíritus: los límites de este trabajo me impiden recordarlos en detalle.

Es verdad que en la superficie de las cosas y hasta muy entrado el siglo XIX, la religión católica aparecía dominando en Chile sin contrapeso. La sociedad aristocrática, vinculada estrechamente al alto clero y mejor instruída en los principios religiosos, continuaba siendo casi en su totalidad católica. La devoción del bajo pueblo, aunque instintiva y un tanto supersticiosa, no parecía menos viva. El indiferentismo o la irreligión comenzaban sin embargo, a hacer prosélitos, más o menos declarados, sobre todo en la clase media y entre los artesanos que habían adquirido cierto barniz de ilustración.

No es posible apreciar exactamente la intensidad de este último fenómeno; pero algunos hechos sugestivos prueban su existencia, y su robustez relativa, aún después de 1830, cuando “el gran silencio” se produjo. En 1835, los filopolistas creyeron ganar en popularidad, haciendo mofa de la devoción del Ministro Tocornal. Diez años más tarde, una juventud entusiasta aclamaba a don Francisco Bilbao, autor de un escrito condenado por blasfe-

mo, y en 1850, algunos artesanos de la capital hicieron coro a ese mismo agitador, cuyas doctrinas aparecían repudiadas por el propio liberalismo aristocrático.

En muchas provincias la indiferencia religiosa era marcada. Las iglesias de Copiapó, Valparaíso y Concepción permanecían desiertas aún los Domingos. Al hacerse cargo del obispado de esta última ciudad, don José Hipólito Salas, encontró hasta en las damas de mejor tono, resistencias a cumplir con sus deberes religiosos. Según el arzobispo Valdivieso, en 1856 el Intendente de Talca era impopular por considerársele amigo de frailes y apegado a las prácticas devotas.

Era un movimiento espontáneo, común a todos los pueblos cristianos, independiente de la política activa, y que se había producido, a lo menos en Chile, sin que existiera propaganda organizada que lo activase. Los Gobiernos, antes y después de 1830, deseaban todos vivir en paz con la Iglesia.

Por otra parte, la tibieza general alcanzaba al clero. Los sacerdotes desempeñaban su ministerio en forma desmañada y rutinaria y sin apelar tampoco a los medios modernos de propaganda. Hasta la época de Montt no hubo propiamente un solo periódico religioso de lucha: la misma "Revista Católica", de circulación muy restringida, sólo se ocupaba muy de tarde en tarde de asuntos de actualidad o controversia. Las congregaciones religiosas arrasaban una vida lánguida y ociosa. Los frailes vivían cómoda y regaladamente, sin sujetarse siempre a la clausura, y sus costumbres fueron más de una vez piedra de escándalo. Existía entre los frailes un marcado espíritu de rebelión jerárquica y hasta dogmática: en 1850, Bil-

ba excomulgado por el arzobispo, fué recibido en triunfo por la comunidad de San Agustín.

Tal era, en líneas generales, el estado religioso del país, cuando en 1845, vino a ocupar la silla metropolitana de Santiago, don Rafael Valentín Valdivieso y Zañartu, uno de los hombres más ilustres y de más decisiva acción que recuerda nuestra historia. El nuevo arzobispo puso al servicio de la causa católica los ardores de un celo apostólico jamás igualado en Chile, y las energías de una voluntad indomable.

Aquel hombre de hierro, inflamado en un pensamiento único, tenía que ponerse tarde o temprano en pugna con el espíritu del siglo, y, por ende, con las autoridades civiles, atentas sobre todo a los intereses terrenos, inspiradas en las fórmulas del derecho laico, y cuyo celo por la causa de Dios era por lo menos sospechoso de tibieza.

La unión entre la Iglesia y el Estado, tal como la habíamos heredado de España, suponía un estado de alma social muy diferente. La Iglesia, corporación de derecho público, gozaba de autoridad y privilegios aún en el orden temporal; los sacerdotes eran sólo justiciables ante los tribunales eclesiásticos; la constitución civil de la familia se regía por el derecho canónico y estaba sometida a la jurisdicción de los obispos; sólo era permitido en el país el culto católico, etc., etc. En cambio, el Gobierno tenía intervención en el nombramiento de los preladados, y las leyes de la Iglesia sólo eran obligatorias en virtud del consentimiento del poder civil.

Estos dos últimos derechos: el “patronato” y el “exequatur”, comenzaron a ser resistidos por el clero de muchos de los países en que existía, desde que fué visible

la creciente tibieza religiosa de los nuevos Gobiernos burgueses: este movimiento que pretendía a la vez las conservación de los privilegios civiles y políticos de la Iglesia y su absoluta independencia del poder civil, fué lo que se llamó ultramontanismo.

En Chile la nueva doctrina, resistida al principio por la casi unanimidad de la opinión laica y por la mayor parte del mismo clero, fué poco a poco ganando terreno en los círculos más devotos. El Ilustre arzobispo de Santiago, cuyo carácter dominador e independiente se avenía mal con las cadenas regalistas, en las que vislumbraba a la vez un peligro para el porvenir de la Iglesia, se convirtió muy luego en el jefe reconocido de los “ultramontanos”.

La paz político-religiosa no fué, (sin embargo, alterada por de pronto. Contribuyó a ello en buena parte la prudencia de los gobernantes, la sincera religiosidad de algunos de ellos, y el cuidado especial que puso el Presidente Montt por satisfacer los deseos de la Iglesia en todo lo que le parecía compatible con el espíritu de las instituciones modernas. Así lo hubo de reconocer en 1857, el mismo señor Valdivieso.

No se pudo evitar, con todo, que de tarde en tarde surgieran conflictos teológicos que, aunque de orden secundario, y satisfactoriamente resueltos, auguraban ya la posibilidad de luchas más graves. Insignificantes accidentes de carácter eclesiásticos, eran explotados por una prensa que en general apenas se curaba de disimular su hostilidad al clero, mal disfrazada de celo regalista.

Tales ataques, no siempre justos ni comedidos, revelaban un estado de los espíritus que era ya en sí mismo una

amenaza para la paz de la Iglesia en lo futuro. Los magnates más devotos de Santiago, comenzaron a agruparse alrededor de su arzobispo y en actitud defensiva. Eran los primeros gérmenes del nuevo partido conservador católico.

Los ultramontanos, como se les decía entonces, no se manifestaban hostiles al Presidente, cuyos sentimientos religiosos conocían muy bien; pero era sin duda la fracción devota de la aristocracia la que mostraba más enconadas resistencias contra don Antonio Varas y su probable candidatura presidencial.

Era con efecto imposible que la honda crisis religiosa que venía acentuándose en la sociedad desde largos años atrás, dejase tarde o temprano de introducir perturbaciones en el orden político, aquí en Chile como en todos los países de la cristiandad. Por de pronto, la Iglesia, sumisa hasta entonces al Gobierno civil, comenzaba a alzarse frente a la omnipotencia del poder como una fuerza espiritual independiente, con gran arraigo en el alma nacional, y cuya influencia los contemporáneos de todos los credos, se sentían más bien inclinados a exagerar. Ya antes de 1856 algunos pelucones comenzaban a olvidar el camino de la Moneda por el del palacio arzobispal.

Don Manuel Montt divisó el peligro con mucha mayor claridad de lo que pudiera creerse: pero fué incapaz de conjurarlo. La voluntad y el talento de un hombre, por ilustre y poderoso que sea, nada pueden contra las fatalidades de la historia, sobre todo cuando ellas tienen su origen en hondas y espontáneas transformaciones de la conciencia social.

Muchos años más tarde, el ilustré estadista solía decir

qué, sin su reelección en 1856, las fuerzas conservadoras del país habrían mantenido su antigua unidad. Pura ilusión: un accidente como ese no era capaz de torcer el curso de la historia. ¿No fué acaso el deseo de reconstituír aquella unidad, lo que le llevó al sacrificio de Varas en 1861? Nada se hubiera ganado con adelantar el acontecimiento. Al contrario: todo hace creer que en 1856 no había sino un hombre que mereciera todavía la común confianza de los conservadores laicos y ultramontanos, y ese hombre era precisamente don Manuel Montt.

En todo caso, su reelección en 1856 se llevó a cabo sin sacudimientos ni protestas: todo el mundo la sabía inevitable. La capital designó como electores a los grandes dignatarios del peluconismo de todos los matices; pero, al hacerse en Agosto el escrutinio de segundo grado, aparecieron dos votos dispersos: uno por don Fernando Lazcano y el otro en blanco. Esos votos, la primera manifestación pública del clericalismo político, fueron como las nubecillas precursoras de una tempestad que no tardaría en desencadenarse.